

+ CARLOS GONZALEZ C.
Obispo de Talca

PATERNIDAD PASTORAL

PATERNIDAD PASTORAL

† CARLOS GONZALEZ C.
Obispo de Talca

Introducción	10
1. Jesús «Hijo, Hermano y Pastor»	11
a) Jesús es, por naturaleza, "el Hijo"	16
b) Jesús es Hijo y es Hermano	24
c) Jesús, Hijo y Hermano, es Pastor	29
d) Esta es el camino de Jesús	31
2. PATERNIDAD	34
3. PASTORAL	39
a) Amor y misericordia	44
b) Como un padre	46
c) Jesús y Hermano	49
d) Talca - Chile	51

INDICE

10 Introducción

10 1. Jesús es Hijo, Hermano y Pastor

10 a) Jesús es, por definición, "El Hijo"

16 b) Jesús es Hijo y es Hermano

19 c) Jesús, Hijo y Hermano, es Buen Pastor

21 d) Este es el camino de Jesús

24 2. Paternidad y Paternalismo?

29 3. Testigos que llegaron a descubrir una
verdad: paternidad

29 a) Abraham, "Padre de los creyentes"

32 b) Francisco de Asís, "Padre de los pobres"

36 c) María, la madre de Jesús

37 4. Reflexiones sobre la paternidad

39 a) Algunos antecedentes

41 b) Amor y misericordia

46 c) Como ser padre

49 d) Los hijos de bendición son padres

51 e) Un testimonio que puede servir

INTRODUCCION

...el espíritu de la misión...
...la formación de personas...
...que nos lleva a la plenitud...
...la gloria de Dios es que el hombre viva...
(San Juan)

Dios quiere que tengamos vida en abundancia.
Es fácil analizar lo que hacemos; pero es difícil profundizar en cómo lo hacemos. Con frecuencia sometemos a revisión la acción pastoral de la Iglesia; pero no llegamos a revisar con seriedad la calidad de nuestra acción de evangelizadores.

Vemos las obras, hacemos estadísticas y hay una especie de idolatría por los números y los resultados visibles. Nos agradan los diagnósticos; pero nos cuesta mucho entrar en los análisis y en la profundidad de lo que estamos realizando. Las obras se ven y se contabilizan en metros construidos; pero la espiritualidad no logra ser medible porque se trata de una acción en el corazón humano y eso no se puede cuantificar. Con frecuencia vemos los efectos; pero no las causas de lo que sucede. Captamos las consecuencias sin ver los orígenes que generan los hechos.

En la Iglesia se insiste en que la primera priori-

dad está en la Evangelización y que para ello lo más importante es la formación de personas. Necesitamos que nuestra pastoral ayude a las personas a desarrollarse hasta llegar a la plenitud. Deseamos personas adultas, libres, constructoras de la paz porque *"la gloria de Dios es que el hombre viva"*. (San Ireneo).

Dios quiere que tengamos *"vida en abundancia"* y Jesús vino a traer esa vida divina. La misión de la Iglesia será llevar a todos sus hijos a esta plenitud de vida y trabajar por superar todo lo que impida ese crecimiento y esa plenitud.

Para formar personas en plenitud se requieren pastores que, a imagen de Jesús el Buen Pastor, puedan comunicar esa vida que ofrece el Señor. Se necesitan pastores abiertos al futuro, dispuestos a dar todo lo que son para servir a los hermanos. No sirven los pastores que entretienen o distraen al pueblo de Dios con *"actividades pastorales"* que no logran llevar a lo fundamental. No bastan pastores pasivos o marcados por la rutina en una especie de esclerosis del espíritu. Tampoco Dios bendecirá al pastor cómodo o miedoso que no se decide a dar la vida por quienes le fueron confiados.

Viviendo la *"paternidad pastoral"* podremos comunicar esta vivencia de la formación de perso-

nas y mostrar cómo se puede ser pastor que acompaña y orienta a quienes Dios coloca bajo sus cuidados.

1. Jesús es Hijo, Hermano y Pastor

Siempre Jesús debe ser la estrella que oriente y guíe toda la vida cristiana y especialmente nuestra misión pastoral. Por olvidar que Jesús es el Norte, la brújula y el camino que debe orientar toda nuestra vida, se han producido muchas equivocaciones en la vida pastoral. En El está la respuesta y El tiene un camino que necesitamos descubrir.

Jesús es el prototipo y el ejemplar del hombre. "El hombre nuestro" decía San Hilario. Pero Jesús también es verdadero Dios y en sus gestos y palabras históricas nos manifiesta como es Dios. "El es la imagen visible del Dios invisible" y nos dijo que "nadie conoce al Padre sino el Hijo".

a) Jesús es, por definición, "El Hijo"

Es necesario meditar con profundidad en Jesús. "El Hijo". Los textos del Evangelio manifiestan claramente la figura del "Hijo del Padre", enviado para salvar a la humanidad.

Presentaré algunos textos bíblicos que muestran esta realidad en forma permanente y reiterativa a lo largo del Evangelio de San Juan.

"Dios amó tanto al mundo que le dio su Hijo único, para que todo el que crea en El no se pierda sino que tenga la Vida Eterna".

(Jn. 3, 16)

"El Hijo no hace nada por su propia cuenta, sino lo que ve hacer al Padre".

(Jn. 5, 19)

"Antes de juzgar, escucho al Padre. Así mi juicio es recto, porque no busco hacer mi voluntad, sino la de Aquel que me envió".

(Jn. 5, 30)

Jesús y su Padre están siempre unidos. Tienen una sola voluntad, actúan juntos de tal modo que el que conoce al Hijo, conoce al Padre. Jesús es el único camino para conocer al Padre, porque en El se muestra el Padre.

"Ustedes no me conocen ni a mí, ni a mi Padre. Si me conocieran a mí, conocerían a mi Padre".

(Jn. 8, 19)

"Yo y mi Padre somos uno mismo".

(Jn. 10, 30)

"Sepan de una vez por todas que el Padre está en mí y que yo estoy en el Padre".

(Jn. 10, 38)

"Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida: nadie va al Padre sino por mí. Si me conocieran a mí, también conocerían al Padre. En realidad, ya lo conocen y lo han visto.

Felipe le dijo: "Señor muéstranos al Padre y eso nos basta". Jesús respondió: "Hace tanto tiempo que estoy con ustedes ¿y todavía no me conoces Felipe? El que me ha visto a mí ha visto al Padre. ¿Cómo puedes decir: muéstrame al Padre? ¿No crees que yo estoy en el Padre y que el Padre está en mí? Las palabras que yo les he dicho no vienen de mí mismo. El Padre que está en mí, obra por mí.

Créanme: Yo estoy en el Padre, y el Padre está en mí".

(Jn. 14, 6 - 11)

Jesús acepta la voluntad del Padre que le envía a enfrentar la pasión y la muerte.

"Padre: ha llegado la hora: da gloria a tu Hijo para que tu Hijo te dé gloria a ti".

(Jn. 17, 1)

Los evangelios muestran en forma dramática como Jesús acepta la voluntad de su Padre.

Para los discípulos, la persecución y la muerte de Jesús les parece algo imposible: Jesús es inocente y es el Mesías, el Salvador del pueblo y ¿cómo puede el Salvador morir? ¿No contará con el poder de Dios para vencer a todos sus adversarios? No pueden comprender que Dios se deje humillar por hombres criminales.

Jesús sabía que las profecías habían anunciado que debía morir en Jerusalén; pero es también plenamente hombre y siente la angustia de la muerte que se acerca. Siente que su ser se resiste. Quisiera invocar el apoyo de su Padre y ve que el Padre no interviene para defenderlo del peligro. Su obediencia consiste en aceptar que su Padre se mantenga alejado y lo entregue en manos de sus perseguidores.

"Padre si es posible aleja de mí este cáliz. Sin embargo, que se cumpla no lo que yo quiero, sino lo que quieras Tú".

(Mt. 26, 39)

Más tarde al momento de la muerte, Jesús siente con más fuerza su soledad y el abandono exterior en que el Padre lo dejó y dice como el Salmo:

"Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?"

(Mt. 27, 46)

Durante el recorrido de la pasión, Jesús se sometió a los que lo perseguían y torturaban, sabiendo que el Padre le había pedido esta prueba y que el Padre no quería intervenir para librarlo de esta prueba.

La obediencia de Jesús fue aceptación de la soledad y del abandono. A pesar de saber que el Padre no lo abandonaba nunca, sin embargo Jesús aceptó que el Padre lo dejara solo en el sufrimiento y la muerte, participando así plenamente de la condición de los hombres perseguidos, humillados y destruidos por el pecado de los hombres.

Porque Jesús es el Hijo de Dios, puede también darnos una participación en su filiación para que seamos sus hermanos y también hijos del Padre, aunque sea en forma de participación. Hay un solo Hijo único del Padre, pero todos podemos ser

hijos por la unidad con Cristo.

Jesús pide:

"Que todos sean uno, como Tú estás en mí y yo en Tí, sean también uno en nosotros".

(Jn. 17, 21)

"Vean que amor singular nos ha dado el Padre: que no solamente nos llamemos Hijos de Dios sino que lo somos, y por eso el mundo no nos conoce porque no lo conoció a El. Amados, desde ya somos hijos de Dios".

(1 Jn. 3, 1-3).

"Si alguien cree que Jesús es el Enviado, ese ha nacido de Dios: y el que ama al Padre ama también a todos los hijos de ese Padre".

(1 Jn. 5, 1)

Me he detenido en esta realidad de Jesús, el Hijo, aquel que sabe que Dios es Padre, Abba, y así reconoce el rostro paterno de Dios.

Toda la historia humana es la historia de la cercanía de Dios que quiere y cuida a los hombres porque son sus hijos. Es una historia de salvación

porque estamos en las manos amorosas de Dios y así podemos esperar tierras nuevas y cielos nuevos en donde la muerte ya no tendrá importancia y las lágrimas estarán superadas por la alegría y la paz.

Jesús muestra un camino que nos lleva a la Paternidad de Dios y la senda que muestra Jesús tiene consecuencias fundamentales para toda nuestra vida.

Por no haber descubierto la paternidad de Dios que muestra Jesús nos encontramos con millones de hombres y mujeres que tienen un rostro distorsionado de Dios en quien ven a un ser terrible, vengativo, lejano y odioso que desprecia a los hombres y a toda la creación.

Al no entender la paternidad de Dios que muestra Jesús, el Hijo por definición, la religión se hace fría, difícil y sólo basada en el deber que nunca llega al amor.

b) Jesús, es Hijo y es Hermano

Confiar la vida a Dios Padre no es para Jesús una actitud intimista, que no tiene consecuencias en la historia y en el tiempo. Todo lo contrario:

llamar a Dios "*Padre*", implica vivir como hermano. "*No llaméis Padre vuestro a nadie, porque uno solo es vuestro Padre, Dios, y todos vosotros sois hermanos*". Y así Jesús, el Hijo presenta al Hermano.

No es en el decir: "*Señor, Señor*", ni en las largas predicaciones, ni en las obras prodigiosas donde el hombre ofrece el culto al Dios verdadero, sino en ese "*no pasar de largo*" ante las necesidades del hermano, como hace el "*samaritano*" frente al sacerdote y al levita. "*Quien no ama a su hermano a quien ve, no puede amar a Dios, a quien no ve.*" Al Dios verdadero se llega a través del sacramento del hermano. Y devolver al hombre su dignidad humana - cuando la ha perdido por la causa que sea, individual o social - es una tarea profundamente religiosa. Dios Padre quiere la vida y la humanización de los hombres. Son los ídolos, antiguos y modernos, los provocadores de la muerte y de la deshumanización del hombre. Consiguientemente, para que el hombre mantenga su talla humana, no se puede hablar de Dios como "*Padre*" sin denunciar proféticamente a los ídolos y luchar contra ellos - sean individuales o sociales, políticos o económicos -. El proyecto de hermano es la mejor manera de celebrar en comunidad

la paternidad de Dios. Crear humanidad es vivir la paternidad de Dios.

Jesús, precisamente porque llama a Dios "Padre", no llama a sus discípulos "siervos", sino "amigos" y les anuncia la venida del Reino de Dios. El va realizando entre ellos los signos de su presencia real, aunque todavía no se haya desplegado toda su riqueza y plenitud. Después de la Resurrección, habiendo realizado ya su misión principal, Jesús hablando de sus discípulos a María Magdalena le dice:

"Anda a decirles a mis hermanos, que subo donde mi Padre, que es el Padre de ustedes; donde mi Dios, que es el Dios de ustedes".

(Jn. 20, 17)

Jesús anuncia a sus hermanos que la venida del Reino es una buena noticia "y que ha llegado el tiempo en que se hagan arados de las espadas y podaderas de las lanzas" y que ya las naciones no se adiestren para la guerra. Anuncia la noticia de que a los hombres se les levanta del estiércol para sentarlos entre los príncipes del pueblo y puedan ser dichosos y bienaventurados. Es la buena noticia de la posibilidad de reconciliación del

hombre consigo mismo, con los demás, y con Dios. Porque en esto percibimos el amor que Dios nos tiene; tanto nos quiso, que envió a su Hijo para que nadie perezca.

c) Jesús, Hijo y Hermano, es Buen Pastor

Jesús es el Buen Pastor y hace realidad según la profecía de Ezequiel, el pastoreo de Dios Padre sobre su pueblo. Lo es, porque carga con la "oveja descarriada" sobre sus hombros. El es camino, verdad y vida para quien le sigue inquieto de su propia realización humana. Pero su amor pastoral lo ejerce de manera respetuosa y suave. "Mi yugo es llevadero y mi carga es ligera". Sin embargo, esta suavidad no significa condescendencia con la irresponsabilidad.

Jesús exige una toma de postura incondicional, hasta la renuncia de los bienes y de sí mismo, aunque deje libre la decisión de seguirle, como en el caso del joven rico, experimentando la tristeza ante su negativa. En la comunidad de sus íntimos, no debe haber lugar para la ambición. Todos son hermanos y tienen la responsabilidad de la misión, si bien no todos llegan a asumir su proyecto, por-

que entre ellos habrá quien se vende por treinta monedas.

No comprenderemos la muerte de Jesús, si no hacemos referencia a su vida y a su historia. La muerte de Jesús es la consecuencia de su vida: una vida dedicada a hacer presente la paternidad de Dios sobre los hombres. Sus palabras eran oídas como provocación y su actividad se tornaba conflictiva, tanto cuando hablaba de Dios como cuando presentaba el Reino. Su proclamación no era simplemente para distraer o acomodarse a las exigencias expectantes de un cómodo auditorio. Era proclamación de la Buena Noticia de la humanización y liberación del hombre como proyecto de Dios. Y esto resultaba una mala noticia para quien vivía reduciendo a los hombres a servidumbre deshumanizadora. *“Los príncipes de este mundo subyugan a los hombres, pero no ha de ser así entre vosotros: quien quiera ser el primero, que se haga el servidor de todos”*. No es extraño que las autoridades políticas y religiosas se confabulasen para quitar de en medio a este hombre. Sólo que a El no le quitan la vida. Es El quien la entrega, previendo su muerte, cuando toma sobre sí el proyecto de hermano, que Dios le encomienda. En el se implica y se compromete. Da la vida para dar vida.

d) Este es el camino de Jesús

“Jesús pasa de este mundo al Padre”.

(Jn. 13, 1)

El es Hijo que muestra al Padre, es Hermano que se hace uno de nosotros y es Pastor que da la vida y nos salva en la cruz y en la Resurrección.

Le pido a Dios que todos podamos avanzar más y más en este camino que lleva al Padre, en este amor al hermano que nos quiere, en el seguimiento al Pastor que nos guía y nos salva.

Sólo en la persona viva de Jesús podremos entender cómo ser pastores y cómo acompañar personas en forma coherente. Sólo lo podremos entender si nos dejamos trabajar por Jesús y aceptamos ser sus discípulos. Así aprenderemos a vivir como Pastores del Pueblo de Dios.

La paternidad pastoral en la comunidad de los cristianos no puede ser sólo una historia personal. Debe tener en cuenta la historia y la cultura de las personas y de los pueblos. Ha de ser una paternidad pastoral profundamente empapada en el Evangelio.

El Concilio ha dicho que la comunidad cristiana, la Iglesia, está llamada a ser el sacramento de Cristo y del Padre y por esta razón en la comunidad cristiana se ha de reflejar y hacer visible cómo es la paternidad de Dios y cómo es Cristo Pastor. Quien mire a la comunidad de los cristianos en profundidad deberá percibir que Dios Padre es amoroso y Jesús es Pastor abnegado que vive para los suyos. Se trata de que los cristianos sean testigos de Dios en el corazón del mundo.

Para ser testigos de Dios, y vivir la paternidad pastoral en nuestra comunidad cristiana, se ha de profundizar cada vez más, a través de la oración; de la reflexión y el estudio de la Escritura, en la paternidad de Dios que nos transmite Jesús. Hemos de estar dispuestos a cambiar nuestra mentalidad y nuestras formas de comportamiento. Es decir, hemos de estar disponibles a la conversión. Sin conversión no hay posible testimonio. Y no se trata de esa conversión inicial por la que nos hacemos cristianos, sino de esa conversión progresiva y permanente que es el seguimiento de Jesús, quien nos ama como somos, con toda nuestra realidad y nos lleva a la identificación y configuración con El. Esta es la espiritualidad encarnada en cada persona, en los pastores y en la comunidad. Posesionarse de esta espiritualidad

es una tarea urgente. Sin ella, nuestras transformaciones pastorales, serán un cuerpo sin alma: unos huesos secos, como los que describe el profeta Ezequiel. Por supuesto que se requiere vida interior, oración y contemplación. Sin una base seria y perseverante de oración, no habrá nada serio y definitivo.

Pero convertirse al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo y apegarse a El supone también convertirse y acercarse al hombre: a la humanidad del hombre. Amar a Dios y al hombre con el mismo amor es el fruto sazonado de la conversión. Conversión y amor que no se hacen realidad sólo en actitudes íntimas, sino en la historia concreta de las personas, de las estructuras comunitarias y de la lucha que se emprende en la construcción del Reino de Dios. La espiritualidad ha de pasar por la historia. Es necesario evangelizar la cultura y las estructuras del mundo. El agua ha de hacerse fecunda en el verdor del prado, empapando toda la tierra.

2. ¿Paternidad y Paternalismo?

Al hablar de paternidad pastoral, lo primero que conviene desterrar es la comprensión de esta paternidad como si fuera una llamada a tomar posturas de paternalismo por parte de los pastores y de dependencia por parte de las personas. Todo lo contrario. El paternalismo y la dependencia son actitudes infantiles, que nos indican que la vida no ha llegado a la plenitud o, cuando se da en personas o estructuras con intención de subyugar, se convierten en negaciones de la vida misma y experiencias de muerte, que es necesario denunciar para anunciar el Evangelio del Dios de la vida proclamado y realizado por Jesús. En este sentido, sigue teniendo actualidad la palabra de Jesús: "No llaméis a nadie padre".

Las mentalidades autoritarias y paternalistas de algunos pastores y la dependencia casi infantil de muchos "adultos" de nuestras comunidades, manifiestan que aún nos queda mucho camino por recorrer hasta hacer realidad este texto evangélico.

Paternalismo y dependencia no son acontecimientos esporádicos, sino que tienen raíces históri-

cas y culturales profundas. ¿Acaso no habrá influido un cierto tipo de educación recibida en los tiernos años infantiles, que se ha ido perpetuando progresivamente y transmitiendo de padres a hijos? ¿El machismo imperante en nuestra cultura no será la causa de muchas dependencias, de muchos paternalismos y de muchas formas de actuación autoritarias? ¿No se habrá acrecentado esta dependencia y este paternalismo últimamente incluso desde instancias políticas, económicas y sociales? Incluso desde la Iglesia, muchas veces y durante mucho tiempo, a los pastores se nos ha visto separados del pueblo de Dios, revestidos de autoritarismo. Tal vez se han reproducido en el ámbito eclesiástico algunos pastores con actitudes patronales y de fieles con actitudes de inquilinos. Frecuentemente los laicos han sido tratados como menores de edad e incapaces de asumir responsabilidades en la comunidad, justamente aquellos compromisos que nacen de su ser de bautizados, con lo cual la Iglesia se ha empobrecido y ha presentado, frecuentemente, un rostro marcado por lo clerical.

Ante esta situación muchos hoy se vuelven críticos y buscan la autonomía. Quieren ser considerados mayores de edad: adultos. Y, por eso mismo, que se les deje de tratar como menores

y como niños en todos los ámbitos. En el seno de la familia se pretende que los esposos sean compañeros entre ellos y amigos de sus hijos. Se busca una "sociedad sin padre" en la que, bajo el imperio del derecho democrático, se viva en igualdad ante la ley, en libertad adulta y participativamente responsable, y en solidaridad y acogida fraterna. Se quiere una Iglesia "pueblo de Dios", en la que todos sean, ante todo, hermanos, unificada como Cuerpo de Cristo uniforme, responsable y participativa en cada uno de los dones carismáticos y polarizada por la necesidad de dar frutos de caridad para la vida del mundo, particularmente para los más pobres de la tierra y en la que las relaciones de los pastores con los fieles sean de servicio y promoción de la vida en plenitud, comunión y participación.

Todo esto parece positivo. Pero sería demasiado optimista si no se viera la otra cara de la medalla. Con el ansia de hacer crecer la autonomía de las personas, no falta quien ha confundido autonomía con anarquía, haciendo del libertinaje una bandera. Ni falta quien, a la vista de las luchas generacionales existentes en el seno de la familia, augure la "muerte de la familia". O quien, cansado de los esfuerzos políticos, económicos y sociales que

exige la creación de una sociedad más humana, sólo se interesa en forma individualista, por mantener y acrecentar su propio margen de libertad y de nivel de vida, desinteresándose de la suerte de los demás. Incluso hay quien en la búsqueda de su propia autonomía se desliga de Dios y de la Iglesia, adoptando un estilo de vida secularizado, del que se alardea como progresismo. Sin llegar a estos extremos, no faltan tampoco cristianos que, analizando su experiencia con la Iglesia, se desligan de la comunidad, someten a áspera crítica a sus pastores y prefieren la tranquilidad personal a la lucha permanente por la renovación. Por otra parte, hay pastores que en lugar de preparar a las personas para que asuman con responsabilidad sus tareas en el mundo y en la Iglesia, se amoldan a una "pastoral de la simpatía" carente de análisis de la realidad, sin un estudio serio de las posibilidades de promoción humana y sin horizontes evangélicos. Prefieren verse recompensados, que ser libres evangélicamente.

Necesitamos reflexionar sobre la búsqueda de la autonomía y de libertad en el contexto de la paternidad. Volviendo nuestra mirada al Evangelio podremos renovar nuestra pastoral. Sólo asumiendo el Evangelio podremos superar el paternalismo

en sus diversas expresiones.

Jesús jamás muestra actitudes de paternalismo o de posesión de las personas. La crítica de Jesús a los sacerdotes, escribas y fariseos no se refiere sólo a su hipocresía, sino también a su paternalismo.

Esta realidad continúa en nuestro tiempo y es impresionante constatar la cantidad de personas disminuidas por un paternalismo posesivo y prepotente que utiliza el poder e impide que se llegue a esa plenitud humana que Dios quiere para todos sus hijos. El quiere a los hombres a su imagen y semejanza no aceptando distorsiones que infantilizan y deforman a los hijos de Dios.

3. Testigos que llegaron a descubrir una verdadera paternidad

a) Abraham, "Padre de los creyentes"

En la Biblia, en el Antiguo Testamento, aparece la figura de Abraham en forma destacada y relevante. El es "*el amigo de Dios*". y es llamado "*Padre de los creyentes*". "*Abraham es nuestro padre en la fe*" y los judíos en tiempos de Cristo se declaran "*hijos de Abraham*".

Abraham, cuidado especialmente por Dios está destinado a ser padre de "*una descendencia mayor que las arenas del desierto y que las estrellas del cielo*".

Deseo compartir con quienes lean estas reflexiones sobre la paternidad de Abraham, especialmente cuando llega a su plenitud.

Después de muchos años de espera, cuando ya no había esperanza humana ninguna, nació Isaac, hijo de una pareja de ancianos. Era el hijo anunciado por la promesa de Dios.

Pasan los años, crece Isaac y llega el momento clave en el cual Dios le pide sacrificar a este hijo y ofrecerlo en holocausto en la cima de un monte.

Seguramente todos recordamos el pasaje bíblico (Génesis 22) y como Abraham acepta la voluntad de Dios y está dispuesto a inmolar a su hijo.

No podemos entrar en el corazón de Abraham y nunca sabremos lo que sucedía en su interior. Tampoco podemos pensar en un Dios cruel y sádico que quiere hacer sufrir a un hombre bueno. Sería olvidar que Dios es Padre para construir un Dios cruel y malvado.

Este texto bíblico tiene alguna explicación ya que no basta decir que la Voluntad de Dios tiene derecho a hacer eso y mucho más.

Hace algunos años encontré un estudio bíblico que da a este pasaje una explicación coherente. Es una explicación que no pretende ser "*la explicación*" porque los misterios del interior de las personas nunca se pueden interpretar con seguridad.

Abraham era un hombre bueno; pero la Palabra de Dios que él había aceptado la habría transferido a su hijo colocando mayor confianza en Isaac que en la Palabra de Dios.

Viene la gran purificación y Abraham, con un corazón traspasado de dolor, acepta que Dios es el Primero, el Único Absoluto, y ofrece su hijo al

cual estaba apegado, tal vez con un amor posesivo que no ayudaba a crecer.

Así nace una paternidad nueva, madura y adulta. Abraham llega a una paternidad diferente sin afán de dominio porque la verdadera paternidad es ayudar sin poseer o dominar. Es acompañar en el camino a quien Dios ha colocado a nuestro cuidado aceptando no ser eje de la vida de los otros sino sólo alguien que se entrega en amor gratuito sin buscar para sí una recompensa y se alegra cuando el hijo, o la hija, crecen y llegan a la verdadera libertad interior.

La historia de Abraham es nuestra propia historia, ya que siempre en los personajes bíblicos está retratada la historia de la humanidad de todos los tiempos.

Abraham entendió y quienes puedan entender sabrán que toda paternidad, de la carne o del espíritu, necesariamente pasa por este desgarramiento que permite crecer y madurar.

"*Nuestro padre Abraham*" será un modelo en el cual conviene meditar y profundizar. Pasó pruebas, tuvo dudas, ansiedades; pero, finalmente, llegó a ser padre de una multitud. Son "*los hijos de Abraham*".

La gran lección del Patriarca Abraham es que

Seguramente todos recordamos el pasaje bíblico (Génesis 22) y como Abraham acepta la voluntad de Dios y está dispuesto a inmolar a su hijo.

No podemos entrar en el corazón de Abraham y nunca sabremos lo que sucedía en su interior. Tampoco podemos pensar en un Dios cruel y sádico que quiere hacer sufrir a un hombre bueno. Sería olvidar que Dios es Padre para construir un Dios cruel y malvado.

Este texto bíblico tiene alguna explicación ya que no basta decir que la Voluntad de Dios tiene derecho a hacer eso y mucho más.

Hace algunos años encontré un estudio bíblico que da a este pasaje una explicación coherente. Es una explicación que no pretende ser "*la explicación*" porque los misterios del interior de las personas nunca se pueden interpretar con seguridad.

Abraham era un hombre bueno; pero la Palabra de Dios que él había aceptado la habría transferido a su hijo colocando mayor confianza en Isaac que en la Palabra de Dios.

Viene la gran purificación y Abraham, con un corazón traspasado de dolor, acepta que Dios es el Primero, el Único Absoluto, y ofrece su hijo al

cual estaba apegado, tal vez con un amor posesivo que no ayudaba a crecer.

Así nace una paternidad nueva, madura y adulta. Abraham llega a una paternidad diferente sin afán de dominio porque la verdadera paternidad es ayudar sin poseer o dominar. Es acompañar en el camino a quien Dios ha colocado a nuestro cuidado aceptando no ser eje de la vida de los otros sino sólo alguien que se entrega en amor gratuito sin buscar para sí una recompensa y se alegra cuando el hijo, o la hija, crecen y llegan a la verdadera libertad interior.

La historia de Abraham es nuestra propia historia, ya que siempre en los personajes bíblicos está retratada la historia de la humanidad de todos los tiempos.

Abraham entendió y quienes puedan entender sabrán que toda paternidad, de la carne o del espíritu, necesariamente pasa por este desgarramiento que permite crecer y madurar.

"*Nuestro padre Abraham*" será un modelo en el cual conviene meditar y profundizar. Pasó pruebas, tuvo dudas, ansiedades; pero, finalmente, llegó a ser padre de una multitud. Son "*los hijos de Abraham*".

La gran lección del Patriarca Abraham es que

para llegar a una real paternidad, sea del orden que sea, se requiere pasar por el dolor, por el desapego y llegar a una pobreza fundamental que va más allá de la pobreza material.

Es conveniente preguntarse: ¿Habremos entendido la enorme profundidad de este verdadero drama que significa el sacrificio de Isaac?

¿Estamos dispuestos de colocar a Dios en primer lugar por sobre nuestros hijos y por sobre nosotros mismos?

¿Tenemos algo de la fe que muestra Abraham?

b) Francisco de Asís

En una hermosa vida de San Francisco de Asís se describe lo siguiente:

“Venía de Roma donde el Papa Horacio había aprobado la Regla, solemnemente, con una bula. Francisco sentía el corazón ligero, libre y transparente. Había confiado a la Iglesia la obra de toda su vida. La sabía en manos seguras. Verdaderamente podía decir con fe: “Padre nuestro que estás en los cielos”.

Estas palabras que había pronunciado en otro tiempo ante el Obispo de Asís, en el momento de

la separación de su padre, le volvían a la memoria y le llenaban de alegría; las repetía mientras caminaba y encontraba en ella cada vez más dulzura. La prueba que acababa de atravesar, ahora se daba cuenta, era la de la paternidad, la de toda verdadera paternidad. Sólo el hombre que acepta el acercarse a los otros seres en su movimiento propio, no para retenerlos en el suyo sino para ayudarles a ser un poco más ellos mismos, se hace realmente padre. No lo puedo lograr sino haciendo él mismo, costosamente y graciosamente, los gastos y adelantos de esa vida profunda que quiere despertar. ¿Había triunfado Francisco? A juzgar por las apariencias podría dudarse. Pero había algo que había logrado, para siempre. Para todos los hijos, desde entonces, sin poderlo dudar, era el Padre. No lo había sido nunca tanto como desde que se había hecho hermano. Todos, fueran las que fueran sus divergencias y oposiciones, querían ser hijos suyos. Podrían discutir entre ellos. Pero no había ninguno que se declarara lejos de él, de su espíritu. Era su Padre queridísimo. Y ninguno hubiera querido, por nada del mundo, tener otro padre que él. Y siempre sería así. Este era su triunfo. Francisco no lo había buscado, en realidad. Ni lo saboreaba. Ni siquiera pensaba en ello. Pero ahora más que nunca pensaba en la

paternidad de Dios y se sentía atraído hacia ella misteriosamente, con todo su ser como hacia el secreto mismo del mundo.

La tentación del encogimiento y desesperación ante un mundo abocado, en apariencia, a la división y a la guerra había dejado ahora a Francisco. Podía rondar aún de lejos alrededor de su alma. Pero ya no la mordía. El hombre que ha aceptado a fondo la prueba de la paternidad, que la ha atravesado sin desesperar, se ha acercado al misterio creador tanto como es posible a una criatura. Desde entonces está ligado a las raíces del mundo. Ha pasado más allá de las apariencias. Llega a lo profundo donde ve latir el corazón del universo. Y por eso. No puede dudar del amor del Padre que está en el principio. Saber que no hay nada más profundo ni más fuerte que ese amor, y que todas las villanías, divisiones y crímenes no son más que una negativa miserable, como la resaca de esa ola de fondo que es sólo luz. También Dios, Dios el primero, pasó la prueba de la paternidad. Y la historia del mundo no es en realidad más que esa asombrosa prueba en que la ternura y la paciencia de Dios llegan a hacer hijos a los hombres. Hijos a quienes se les ofrece el ser a su vez, padres, para que el parecido sea perfecto”.

San Francisco de Asís y Abraham muestran en diversas épocas de la historia, antes y después de Jesucristo, la misma realidad. Para llegar a la verdadera paternidad se necesita pasar por el desprendimiento de sí mismo, por un desgarramiento interior en el cual ya no se posee a las personas y se logra llegar a una verdadera libertad interior. Abraham sufrió; pero llegó a una plenitud. Francisco de Asís también sufrió intensamente al ver destruída su fraternidad por las divisiones de los primeros franciscanos; pero finalmente alcanzó una paternidad real muy hermosa.

Mientras se viva malamente aferrado a las propias ideas, a los proyectos personales, no se llegará jamás a la plenitud.

El gran milagro se produce cuando se pierde todo y entramos en una pobreza total frente a Dios.

Es la historia de siempre. Se llega a ser padre cuando se ha perdido la ambición y el deseo de dominar. A la paternidad se llega cuando el ansia de poder es superado por el deseo de servir para ser simplemente un instrumento en las manos paternas de Dios.

Esa es la gran realidad de quienes han sido “padres” en la Iglesia. Conviene recordar a

Benito, a Ignacio de Loyola, a Francisco de Sales, a Juan Bosco, a Alberto Hurtado. Todos ellos vivieron y atravesaron esta purificación de su fe para llegar a una plenitud que hace crecer a sus hijos.

c) María, la madre de Jesús

Al meditar en quienes lograron una verdadera paternidad surge el rostro de María. Ella sabía "guardar en su corazón" las palabras de Dios. Supo escuchar a su Hijo y muestra una maternidad enriquecida y plena por su fidelidad y su respuesta total al querer del Padre.

La humildad de la Virgen, su discreción para mostrarnos a Cristo nos ayudará siempre a conocer mejor a Jesús, el Hijo del Padre. Al meditar en sus palabras del Magnificat, al contemplarla al pie de la cruz descubrimos un testigo extraordinario de maternidad vivida en plenitud. Mucho se podrá escribir sobre esta maravillosa maternidad de María; pero este tema sólo queda enunciado en estas reflexiones sobre la paternidad pastoral.

4. Reflexiones sobre la paternidad

a) Percibimos una crisis o ausencia de paternidad. Muchos padres nunca han descubierto el rostro de Dios Padre y por esta razón nunca podrán proyectar esta imagen en sus hijos. Están marcados por un rostro desfigurado de Dios y sus vidas están marcadas por el deber o el temor. Pareciera que el amor es una debilidad y son incapaces de amar. Tal vez nunca recibieron amor y por esa razón no saben amar.

En otros casos se percibe que hay paternidad temporales o parciales. Es más fácil ser papá cuando el hijo tiene tres años; pero cuando llega la adolescencia de los quince o dieciseis años ese padre suele preguntarse si realmente alguna vez ese joven fue hijo suyo. Llega el inevitable crecimiento de la juventud y al no saber abordar los cambios de los hijos se producen heridas psicológicas que pueden mejorarse en la edad adulta o no se sanan jamás.

El sacerdote, prolongación de Jesucristo, el Buen Pastor, por vocación está llamado a ser un pastor, y en la imagen del pastor hay una dimen-

sión de paternidad que cuida y ayuda al rebaño. Por vocación un sacerdote debe ser padre del Pueblo de Dios, y así los católicos suelen llamar "padre" a sus sacerdotes.

Cuando un sacerdote no ha descubierto el rostro verdadero de Dios y no ha logrado una maduración afectiva profunda no llegará a entender esta dimensión de paternidad. Será un buen amigo, un animador de comunidades o un hombre que fabrica sacramentos; pero no habrá llegado a una plenitud interna que da una paternidad no posesiva.

Es indicadora la confidencia de un Obispo de la India que escribe: *"Yo enseñaba en un colegio y era querido por los niños. Llegaban a visitarme e incluso imprimí un libro de oraciones para ayudarles. Pensaba que era un signo de Cristo para ellos y venían a consultar sus problemas. Yo les celebraba misa todos los días; pero descubrí que cuando querían buscar a Dios acudían al Gurú hindú. Fue uno de los grandes sufrimientos de mi vida"*.

Ambas realidades, la de la carne y la del espíritu, requieren ser abordadas en forma seria y responsable.

En los libros clásicos se habla del "carisma de

la paternidad espiritual" que habita en el corazón de los padres y de los hijos. Está en el padre que no sabrá entregar amor si no tiene un corazón dispuesto a Dios como Padre y está en el hijo que necesita ser receptivo y filial frente a su padre.

El rol del padre no es fácil porque es frágil y no es dueño de la Palabra de Dios. Sus palabras no deben ser dichas para deslumbrar. Deben entregar palabras sabias y valiosas por sus contenidos más profundos. En la vida del amor suele pasar que el silencio vale más que las palabras.

a) Algunos antecedentes

Desde los orígenes del cristianismo aparece el nombre de "padre espiritual" o sencillamente "padre". En la Iglesia Ortodoxa Rusa se llaman "staretz". La palabra "abba" tiene una evolución y una significación diferente en el Nuevo Testamento al concepto del Antiguo Testamento. "Abba, Padre" en labios de Jesús expresa una intimidad diferente a las oraciones hebreas y El nos enseña a rezar el "Padre Nuestro".

San Juan habla de "hijitos míos" (1 Jn. 2) y San Pedro afirma "sufrir dolores de parto" (Gal. 4, 19). Más adelante San Cirilo de Alejan-

dría enseña que en Cristo la relación patrón - esclavo, ha sido reemplazada por el misterio Padre - Hijo.

Va creciendo la idea de la paternidad espiritual y los discípulos de San Pacomio dicen que "*después de Dios, Pacomio era su Padre*".

Se llama a la paternidad "*sacramento de filiación*" y se entiende que un padre espiritual es alguien que engendra a semejanza del Padre Celestial, guardando proporciones y diferencias.

El padre espiritual no es un maestro que enseña, y el arte de la paternidad no se aprende como alguna ciencia en la escuela. Se trata de un "*carisma de la paternidad espiritual*" que habita en el corazón y comunica vida y sabiduría.

Existen dos tradiciones sobre el término "*padre*":

San Ignacio de Antioquía habla de la "*paternidad funcional*" según la cual el obispo y el sacerdote son llamados padres "*en función*" del sacerdocio. Por los sacramentos realizan una función paternal porque construyen la vida divina.

La segunda tradición, la de los padres del desierto, no viene de ninguna función sacerdotal

ya que se trata de un "*carisma*" del Espíritu Santo en donde la edad o la función no tienen mayor importancia.

En el correr de los siglos ambas tradiciones se han ido complementando y enriqueciéndose y hoy día sería difícil hacer tales distinciones.

Lo que permanece es la necesidad de "*padres espirituales*" y tienen valor los pensamientos de los primeros siglos: "*quien no ha sido engendrado no es capaz de engendrar a sus hijos espirituales*" "*Para dar el Espíritu Santo es necesario tenerlo*" (San Simeón) y estos textos se refieren al Evangelio de San Mateo: "*Pues no van a ser ustedes los que hablarán, sino el Espíritu de su Padre el que hablará por ustedes*". (Mt. 10, 20).

b) Amor y Misericordia

Lo más importante en un padre es que esté impregnado por el amor, la realidad fundamental que anima toda paternidad. Los padres de la Iglesia hablan del "*sacramento del hermano*" sin el cual nada tiene sentido (Isaac de Siria).

Es un amor traspasado de misericordia que debe inclinar siempre el platillo de la balanza, a

favor de la bondad y el perdón. Se dice que un santo rezaba por su discípulo que había renegado de Cristo y mientras oraba se le apareció el Señor y le dijo: ¿por quién rezas? ¿No sabes que él ha renegado de mí? Pero el hombre de Dios siguió rezando por el renegado y Jesús le dijo finalmente *“por tu amor te haz hecho semejante a mí”*.

El amor paternal lleva a un corazón traspasado por la misericordia de Dios, que siempre sabe esperar y nunca pierde la esperanza. Sólo por ese camino se superarán los rasgos de egoísmo, amor propio y vanidad que existen en los discípulos.

La misericordia logra llegar al fondo de los otros y así se llegará a la verdadera docilidad al Espíritu y a una verdadera educación para la libertad.

Un padre espiritual engendra a un hijo de Dios adulto y libre. Se encuentran juntos buscando la verdad en la Voluntad de Dios.

Hay relaciones de padre a hijo, de maestro a discípulo. El padre no engendra su vida sino la vida divina y por eso debe ser un hombre llevado e iluminado por el Espíritu Santo. Si le pide sabiduría y pureza en su corazón, deberá llevar *“el pecado del hijo con él”* para que sepa ser misericordioso. Si le pide disponibilidad y la

confianza del discípulo o del hijo; deberá ser un modelo que pueda decir como San Pablo *“hagan lo que yo les digo”*.

El padre debe dar palabras de esperanza y salvación. Palabras apropiadas y de *“salud”* y no de tristeza o de muerte.

El padre podrá discernir sólo al conocer lo que sucede. Hay pensamientos buenos y los hay del demonio.

Hay una especie de terapéutica adecuada que sana el interior cuando hay transparencia y verdad.

Si los pensamientos se esconden sucede que se multiplican y se desparraman *“Un mal pensamiento sacado a la luz pierde su veneno”* decían los padres del desierto.

Quien manifiesta sus pensamientos es sanado, quien los esconde cae en el orgullo. Guardarlo todo adentro es señal que falta la humildad. Es difícil comunicar *“todo”* y siempre habrá una abertura progresiva a través del tiempo y los años.

Nadie puede dirigirse solo y mucha gente se pierde por colocar la confianza en sí mismo. y olvidar el texto *“interroga a tu padre y él te enseñará”*. Hace daño ser autodidacta y decidir todo por sí mismo.

Se necesita recibir la ayuda paterna con misericordia y paciencia, adaptada a cada persona, con espíritu vigilante y con amor, sin espíritu de sospecha o maldad.

Es un servicio paternal para ayudar y no para dominar. Se requiere prudencia. La misericordia está sobre el juicio y habrá que evitar la crítica interior a quien se desea acompañar y jamás condenar con dureza.

Ayudará mucho la confesión frecuente ya que la fuerza del perdón de Cristo se hace explícito cada vez que el sacerdote absuelve y perdona en nombre del Señor. Es muy diferente una conversación que termina en el sacramento del perdón a una conversación que suele ser de desahogo o búsqueda de aprobación y consuelo.

Ser padre *"es servicio del Espíritu"* sin preferencias con nadie. El padre no debe gobernar *"al modo de los paganos"* y necesita adaptarse al temperamento diferente de cada persona.

Debe estar a la escucha del Espíritu en sus hijos, ayudarlos a discernir sus inspiraciones para que puedan seguirlas con paz.

Se requiere adaptarse a las debilidades, esperar el momento de Dios, no exigir sino lo que pueda dar, sin pactar con las faltas.

Al padre le corresponde iluminar el discernimiento último y las decisiones importantes de las cuales deberá dar cuenta a Dios.

Aquel que confía sólo en sí mismo y se cree capaz de discernir mejor que los otros, comete un gran tropiezo en la vida interior.

"No conozco ninguna caída de monje que no haya sido causada por la confianza excesiva en sí mismo" (San Doroteo).

¿Ves que alguien cae? Sabe que él se ha dirigido a sí mismo. Esa es una regla desgraciadamente comprobada a través de los siglos.

Quien encuentra lo invisible debe proteger su mirada y cuidar una buena relación con los diversos agentes externos, especialmente radio y televisión, que pueden perjudicar la oración y el espíritu de adoración.

Que importante es asumir la propia fragilidad y reconocer que todos somos vulnerables y débiles. Por esa razón apoyémonos unos en otros y no vivamos en soledad, aislados o ensimismados en nuestros sueños e ilusiones.

c) Como ser padre

Un padre espiritual no "forma" a su hijo y difícilmente podrá pensarse que es un "director de conciencia". Es alguien que acompaña con humildad, con abertura, con mucho amor, a quien está buscando el rostro de Dios.

No entregará recetas y nunca será un dictador que impone su voluntad. Es alguien que escucha al Espíritu y sugiere los caminos de Dios en forma respetuosa y nunca en forma dominante o posesiva.

Es simplemente un instrumento de Dios; es frágil y débil porque no es dueño de la Palabra de Dios. No trata de deslumbrar a los sabios y debe entregar sólo la Palabra de Dios.

La Biblia dice: "interroga a tu padre y él te enseñará" (Deut. 32, 7).

El problema estará siempre en tratar de entregar la voluntad de Dios sin intereses mezquinos personales, sin deseos de triunfar e imponer la voluntad personal.

La paternidad no se busca y suele llegar como una realidad de Dios que se va imponiendo y que habrá que aceptar muchas veces con sufrimiento.

Es hacerse cargo del otro o de los otros y eso trae sufrimiento. Toda generación es desgarró y dolor porque la paternidad siempre va unida a la cruz.

La paternidad no es fácil porque requiere oración y contemplación para poder discernir lo que Dios quiere comunicar.

La paternidad siempre lleva consigo el peligro del orgullo, tentación muy peligrosa y sutil. Es fácil creerse superior a los otros y entregar opiniones meramente humanas porque el orgullo o la vanidad ciegan los ojos e impiden oír la voz de Dios.

Se trata de dejar pasar el agua de Dios y no el agua envenenada que hace mal. Hay un peligro al jugar con la autoridad que suele crear ambiciones de poder y autosuficiencia. En la larga historia de la Iglesia conviene reflexionar en tantas paternidades que terminaron en dominaciones y en abusos de poder. Dejaron de ser un servicio de amor traspasado por la misericordia y terminaron en un poder aplastante que no permitió crecer.

Siempre será una bendición de Dios vivir la paternidad según el querer de Dios. Será bendición para el padre y para los hijos.

El padre necesita vivir proyectando amor,

ternura y misericordia. Ayudará meditar la carta de San Pablo a los Gálatas sobre los frutos del Espíritu.

Necesita no llegar a la ira, saber guardar la lengua y siempre deberá encontrar ocasiones para perdonar. Deberá saber escuchar con mucha paciencia, aparentemente perder el tiempo; pero sólo escuchando realmente entenderá a sus hijos. Siempre tendrá mucho que aprender. Necesita escuchar con todo el corazón para interiorizarse en lo que se le dice. Escuchar es renunciar a sus teorías propias porque al no hacerlo así se transforma lo escuchado en lo que uno quiere oír; pero no se entiende lo que se quiere decir. Escuchar "*para poder responder*" no es escuchar porque suele mostrar una actitud defensiva; pero eso no merece el nombre de diálogo. El padre no es un "*profesional*" que aprendió la técnica de escuchar. Es un hombre de Dios que desea reflejar el rostro del Padre Celestial.

El padre sabe esperar, a imagen del Padre Celestial, a quien se ha definido como "*el que espera*". Basta pensar en la historia del hijo pródigo para entender esa paternidad que esperaba todos los días el regreso del hijo que no llegaba. (Lc. 15).

El verdadero padre no se opone frontalmente al pecado y trata de no herir a las personas. Reaccionará con dolor; pero sobre todo con paciencia y misericordia. Sabrá acompañar al hijo en su pecado, con amor y ternura. No significa capitular con lo sucedido, lo cual sería debilidad; pero si es vivir traspasado de misericordia y perdón.

Así se llegará a una real amistad en la cual no se juega al misterio porque se establece una relación adulta y madura. La amistad será la mejor garantía de una vida comunitaria en una relación de paz que ayuda a crecer y a avanzar en la construcción del Reino de Dios.

La amistad entre padre e hijo es uno de los regalos mayores que trae una paternidad bien orientada.

No es la excesiva familiaridad, no es un temor paralizante sino una relación fácil que da alegría y paz.

d) Los hijos deben llegar a ser padres

El Padre Celestial permanece siempre; pero el padre terrenal, ya sea de la carne o del espíritu, es transitorio y pasajero. El padre terrenal está

llamado a ser transparente y debe dejar pasar la acción del Padre.

Se necesita una evolución en la cual el hijo se desprende del padre y ese desprendimiento es el mejor fruto de la verdadera paternidad.

Los padres son transitorios y educan para la libertad. Los hijos crecen, se independizan, ojalá que en forma serena y no traumática.

Es importante que el desprendimiento del hijo del padre sea realizado en forma armónica y no dramática. Hay errores en los padres y en los hijos que producen crisis irreparables; pero siempre habrá una cuota de sufrimiento en el hijo que deja de ser hijo y pasa a una amistad cordial, a una relación diferente que es constructiva y de esperanza.

A veces el padre deberá aceptar que el hijo lo ha sobrepasado y que los roles se han cambiado. Suele pasar que el joven se transforma en anciano y el anciano entra en una juventud diferente.

Hay un camino evangélico en que el anciano se hace niño y el joven se hace anciano. El anciano, por consecuencia del Evangelio, debería llegar a la "infancia espiritual", camino normal en toda vida cristiana. El joven necesita llegar a

la madurez, a un estado adulto.

Así se hará la transmisión de la autoridad y lo cual es señal de una gran madurez.

Todo este proceso requiere actuar con pureza de corazón, buscar humildemente la voluntad divina y permanecer en la docilidad al Espíritu que tiene siempre caminos sorprendentes.

e) Un testimonio que puede servir

Hace algún tiempo viajó al extranjero una persona con la cual he mantenido una relación cordial y al regresar me trajo un regalo muy hermoso. Era un pergamino de cuero muy bien trabajado en el cual estaba escrito lo siguiente:

"Padre Santo de los cielos, con humildad te doy gracias porque encontré en esta tierra un padre y pastor que encarna tu corazón y semejanza".

Más abajo había una firma que decía: "hijo".

Puedo escribir con paz que con el correr de los años, Dios me ha regalado el don de la paternidad y que muchas personas ven reflejado en mí algo del rostro paternal de Dios.

Les confieso que ha sido un camino largo y difícil y no siempre logré establecer una relación que ayudara a crecer. Con los años y la gracia de Dios, aprendí a respetar y a escuchar mejor. Ahora trato de servir sin quedarme obstaculizando el camino de Dios. Trato de no imponer y de no ser autoritario. Deseo escuchar y aprender de las nuevas generaciones lo novedoso y original que hay en ellas.

Discuto menos que antes y acepto que hay diversas moradas en la casa de Dios. Entiendo mejor el término "*Padre Obispo*" que se utiliza en algunas Diócesis de Chile.

Sé que la esperanza verdadera es la confianza en Dios y que esta esperanza inunda toda nuestra vida.

Los invito a todos a crecer en este deseo de ser padres y de ser hijos de Dios.

Sean cada día más humildes, más acogedores y receptivos. Los dogmas de la Iglesia están contenidos en el Credo y no multipliquemos verdades absolutas sobre realidades que pueden ser discutibles y que no siempre son de Dios.

Tratemos de entender lo que parece imposible de entender y aceptemos que la misericordia y la ternura de Dios son realidades infinitas que superan

nuestros juicios humanos.

Vivamos marcados por la misericordia y así seremos semejantes al Padre Celestial que hace salir el sol para los justos y los pecadores.

Vivir la paternidad, es un don de Dios que El va regalando en forma progresiva. Es una realidad fascinante porque permite ver crecer a las personas y es más hermoso que ver crecer la hierba o las yemas de los árboles.

† CARLOS GONZALEZ C.
Obispo de Talca

En el día de la Resurrección del Señor
Talca, 15 de Abril de 1990